

Cuento

gram



MEMORIA Y DDHH

GANADORES/AS

2023



SERPAT
Ministerio de las
Culturas, las Artes
y el Patrimonio

Gobierno de Chile

biblioteca
de santiago



PRIMER LUGAR

“Un niño como cualquier otro”

Enviado a través de la cuenta: [@jcostadura](#)

Era un niño como cualquier otro.

Pedro Mariqueo era un niño como cualquier otro. Jugaba con los niños de su edad y compartía con su familia, como cualquier otro.

Jugaba a la pelota y era conocido por su habilidad y entusiasmo.

Después de un partido, camino a su casa, se encontró con unos amigos y a la luz de una barricada se unió a protestar en contra del régimen. (Soterradamente supimos de su historia de compromiso y lucha por un país libre).

Los enemigos asechaban las poblaciones en una lucha desigual: fusiles contra piedras. Tortura frente a sufrimiento y muerte frente a tristeza.

En la oscuridad de la noche con gran estruendo se escucharon tres balazos, pese a ser un sonido habitual, su madre miró a sus hijos y faltaba uno. De un salto se le escapó el corazón.

Corrió sin cesar y mientras corría, una parte de ella se iba desprendiendo, hasta que se encontró con él.

Vio a su hijo manchado de muerte. Su grito de dolor, aún resuena entre los muros.

Tomó a su hijo entre sus brazos como queriendo cerrar sus heridas y volver a tener su sonrisa. “Peyuco” la miró sabiendo que su vida se acababa. Con su madre en su retina, se despidió de este mundo.

Por un instante el universo se detuvo. La congoja reinó por un momento.

Sus vecinos al ver su cuerpo ensangrentado, le rindieron honor entre los sonidos silbantes del hierro.

Su madre miró al cielo buscando respuestas, pero el silencio escapó ante tanta tristeza y desolación.

La valentía de su familia afloró ante tanta tiranía, pidiendo justicia, pero su asesino aún debe estar acariciando a sus hijos, esperando que nunca se encuentren con alguien como él, que es capaz de arrancar la vida de otro hijo, con tal de salvar su “pellejo”.

Aunque sea en su último suspiro, recordará su bestial acto.

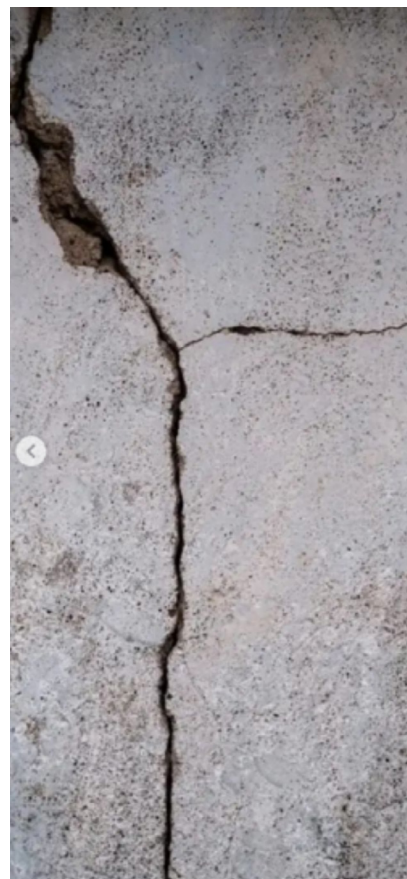
Pedro Mariqueo, quedó en la historia como un mártir de 16 años, cuya sonrisa y espíritu vivirá siempre entre nosotros, como vive la llama eterna de la libertad.

Basado en un hecho real.

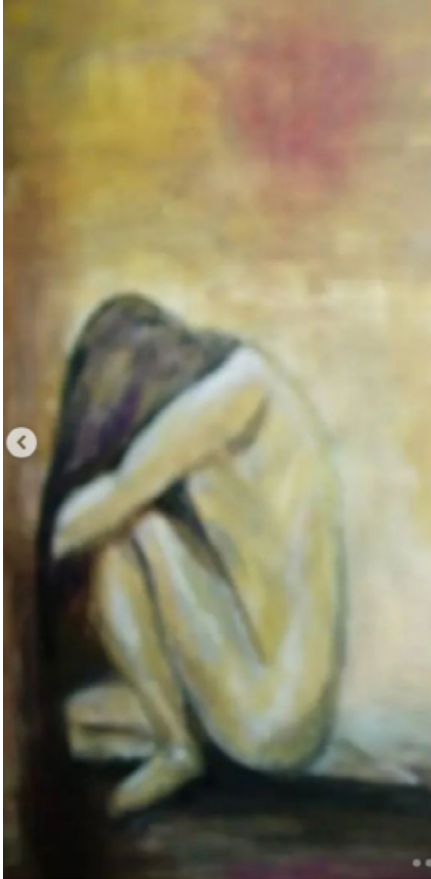


Un niño como cualquier otro.

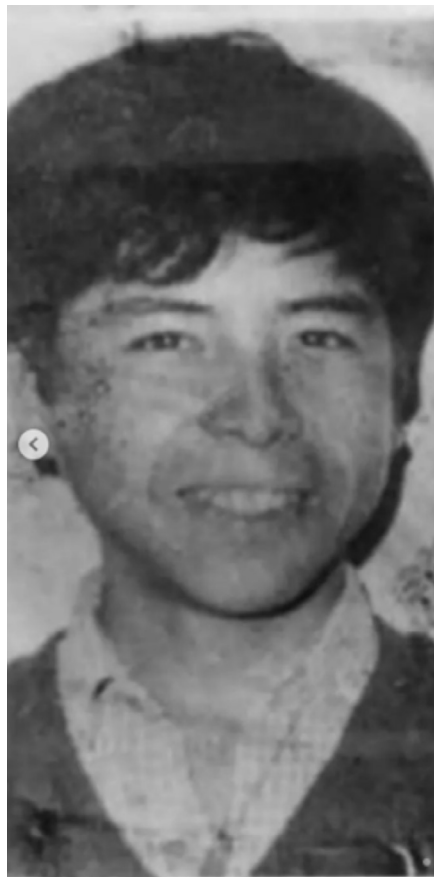
Era un niño como cualquier otro. Pedro Mariqueo era un niño como cualquier otro. Jugaba con los niños de su edad y compartía con su familia, como cualquier otro. Jugaba a la pelota y era conocido por su habilidad y entusiasmo. Después de un partido, camino a su casa, se encontró con unos amigos y a la luz de una barricada se unió a protestar en contra del régimen. (Soterradamente supimos de su historia de compromiso y lucha por un país libre).



Los enemigos asechaban las poblaciones en una lucha desigual: fusiles contra piedras. Tortura frente a sufrimiento y muerte frente a tristeza. En la oscuridad de la noche con gran estruendo se escucharon tres balazos, pese a ser un sonido habitual, su madre miró a sus hijos y faltaba uno. De un salto se le escapó el corazón. Corrió sin cesar y mientras corría, una parte de ella se iba desprendiendo, hasta que se encontró con él. Vio a su hijo manchado de muerte. Su grito de dolor, aún resuena entre los muros.



Tomó a su hijo entre sus brazos como queriendo cerrar sus heridas y volver a tener su sonrisa. "Peyuco" la miró sabiendo que su vida se acababa. Con su madre en su retina, se despidió de este mundo. Por un instante el universo se detuvo. La congoja reinó por un momento. Sus vecinos al ver su cuerpo ensangrentado, le rindieron honor entre los sonidos silbantes del hierro. Su madre miró al cielo buscando respuestas, pero el silencio escapó ante tanta tristeza y
 ...desolación.



La valentía de su familia afloró ante tanta tiranía, pidiendo justicia, pero su asesino aún debe estar acariciando a sus hijos, esperando que nunca se encuentren con alguien como él, que es capaz de arrancar la vida de otro hijo, con tal de salvar su "pellejo". Aunque sea en su último suspiro, recordará su bestial acto.

Pedro Mariqueo, quedó en la historia como un mártir de 16 años, cuya sonrisa y espíritu vivirá siempre entre nosotros, como vive la llama eterna de la libertad.
 ...

SEGUNDO LUGAR

“Hija de la memoria”

Enviado a través de la cuenta: [@alquimiayversos](https://twitter.com/alquimiayversos)

Desde niña crecí escuchando historias llamativa de las peripecias que pasó mi abuela durante tantos años. Mi madre nació entre milicos y un trapo blanco amarrado simulando una bandera. Esa fue la única forma que Juana, mi abuela, encontró para dar a luz a mi madre, mientras en casa dejaba a sus otros hijos a la penumbra de una noche, calentándose con un brasero y en silencio.

Mi mamá nació en 1973, un año que marcaría un antes y un después en Chile. Irónicamente, yo nací el mismo día que asumió Patricio Aylwin la presidencia del país. Ambos nacimientos fueron un hito en distintas épocas, al exilio y al retorno de tantos y tantas que se fueron sin querer partir.

Las brechas generacionales nos van dando espacios para entender y gestar eso que nunca más debe pasar.

A veces con mi Abuela íbamos de visita a una casona en el mítico barrio oriente de Talca. Ahí, muchas veces mientras mi madre trabajaba, yo jugaba entre el barro y el recuerdo. Allí oí un sinfín de relatos que quedaron marcados a fuego en mi inocente infancia, como la anécdota de mi madre y esa vez que mordió a un milico que apuntaba a mi abuelo con un fusil, mientras los tenían a todos formados contra la pared.

La familia ríe. Gran anécdota.

Pero, pienso hoy, en que quizá mi nacimiento estuvo en riesgo con tan valerosa acción de mi madre, ya que de aquel grupo se llevaron a unos tantos que jamás volvieron.

Mientras tanto, al sur más austral de Chile, mi papá buscaba un enemigo. Cuenta que, día tras día, salían en grandes excursiones a la Patagonia en busca de ese enemigo que jamás conoció. Así pasó sus jornadas hasta que decidió volver al Maule.

Entre sueños y expectativas conoció a mi madre, se enamoraron y decidieron casarse. Ambas familias eran muy distintas, así que mientras mi mamá esperaba en el registro civil, mi papá saltaba la reja de su casa para poder unir su vida con la comunista de madre. Pienso esta historia como dos enamorados opuestos, uno del Colo-Colo y otro de la U, como un perro enamorado de un gato y así...

Agua y aceite.

Finalmente nací en los años noventa, en una aparente burbuja en medio de todo lo que acontecía. Crecí observando a la Gladys

Marín mojada por el guanaco a través de la televisión, sábados gigantes y la cultura entretenida de los domingos.

Observando campañas de ayuda solidaria, la paz de las misas del día domingo y las diferencias entre clases sociales.

Yo pensaba que todos teníamos paredes de cartón, que para la lluvia nos tapábamos con plástico y que quizá en todas las casas habían goteras. Pues no. En un sueño de darme lo mejor, mis padres hicieron un esfuerzo por salir de la mediagua que algún político fue a regalar a cambio de unos cuantos votos.

Ambos hilaron un sueño para mí, una meta, que día tras día observaba mientras acompañaba a mi mamá a trabajar.

Ella hacía aseo para unos socialités de la ciudad. Así, yo crecí con los nietos de estas personas: ellos de colegio particular con el futuro asegurado, yo de colegio municipal. A punta de becas fue como me convertí en la primera en trazar estudios universitarios, en visibilizar necesidades y ayudar a los que estuvieron en mis zapatos una vez.

Un día fui de paseo al museo de la memoria y los derechos humanos. Debo describir una inmensidad de sensaciones y tristeza en el lugar, pero una carta llamó profundamente mi atención: era una carta de una madre a su hijo, señalando que ya estarían juntos, que volvería. Que recordara. Daba instrucciones a la abuela, su madre, quien cuidaba del niño, para que le dijera que andaba trabajando, que ya volvería. Pero jamás lo hizo. Unos cuantos años después se encontró su cuerpo, ausente de abrazos, a la espera de al menos en el más allá reencontrarse con aquel hijo.

Lloré temporales. Pensaba en mi abuela, en mi madre, en mi propia maternidad. Me cuestionaba y reconocía lo bueno de no olvidar, pues la memoria es necesaria. Es el recuerdo de cada uno de estos relatos que se entrelazan y se hilan en un continuo, donde el tiempo no es lineal y se intercala, que nos muestra lo humanos y frágiles que somos, nuestras diferencias y similitudes, y cómo a veces una idea, una frontera o las monedas que llevo en el bolsillo tienen mayor peso que el valor de la vida, olvidando el sentido de la sensibilidad que nos vuelve humanos. Que nos hace olvidar que alguna vez fuimos niños.

La niñez es el lugar más maravilloso.

Jugamos para aprender. Pero así como termina el verano, llega el otoño y vamos reuniendo las hojas donde escribimos historias y

donde otros han guardado sus memorias marcadas por sinónimos de derechos sociales que le fueron otorgados a mi abuela, a mi madre, a mí y que se le negaron a esa madre de la carta para volver a ver a su hijo.

Pues hoy, podemos darle voz por medio de este relato para que nunca más una mujer tenga que parir con la bandera blanca, para que ningún niño defienda a su padre de un fusil y para jamás olvidar en la memoria colectiva, a todas las madres que se ausentaron sin dar un abrazo a sus hijos.

Hija de la Memoria

POR BARBARA V.
@ALQUIMIAYVERSOS

@BibliotecadeSantiago

@alquimiaYversos



Relato inspirado en la Memoria y los DD.HH para el concurso #cuentogramporlamemoria

Desde niña crecí escuchando historias llamativas de las peripecias que pasó mi abuela durante tantos años. Mi madre nació entre milicos y un trapo blanco amarrado simulando una bandera. Esa fue la única forma que Juana, mi abuela, encontró para dar a luz a mi madre, mientras en casa dejaba a sus otros hijos a la penumbra de la noche, calentándose con un brasero y en silencio.

Mi Mamá nació en 1973, un año que marcaría un antes y un después en Chile. Irónicamente, yo nací el mismo día que asumió Patricio Aylwin la presidencia del país. Ambos nacimientos fueron un hito en distintas épocas, al exilio y al retorno de tantos y tantas que se fueron sin querer partir.

Las brechas generacionales nos van dando espacios para entender y gestar eso que nunca más debe pasar.



1

@Alquimia y versos

A veces con mi Abuela íbamos de visita a una casona en el mítico barrio oriente de Talca. Ahí, muchas veces mientras mi madre trabajaba, yo jugaba entre el barro y el recuerdo. Allí oí un sin fin de relatos que quedaron marcados a fuego en mi inocente infancia, como la anécdota de mi madre y esa vez que mordió a un milico que apuntaba a mi abuelo con un fusil, mientras los tenían a todos formados contra la pared.



La familia ríe. Gran anécdota.

Pero, pienso hoy, en que quizá mi nacimiento estuvo en riesgo con tan valerosa acción de mi madre, ya que de aquel grupo se llevaron a unos tantos que jamás volvieron.

2

@Alquimia y versos

Mientras tanto, al sur más austral de Chile, mi papá buscaba un enemigo. Cuenta que, día tras día, salían en grandes excursiones a la Patagonia en busca de ese enemigo que jamás conoció. Así pasó sus jornadas hasta que decidió volver al Maule.

Entre sueños y expectativas conoció a mi madre, se enamoraron y decidieron casarse. Ambas familias eran muy distintas, así que mientras mi mamá esperaba en el registro civil, mi papá saltaba la reja de su casa para poder unir su vida con la comunista de mi madre. Pienso esta historia como dos enamorados opuestos, uno del Colo-Colo y otro de la U, como un perro enamorado de un gato y así...
Agua y aceite.



3

@Alquimia y versos

Finalmente nació en los años noventa, en una aparente burbuja en medio de todo lo que acontecía. Crecí observando a la Gladys Marín mojada por un guanaco a través de la televisión, sábados gigantes y la cultura entretenida de los domingos.

Observando campañas de ayuda solidaria, la paz de las misas del día domingo y las diferencias entre clases sociales.

Yo pensaba que todos teníamos paredes de cartón, que para la lluvia nos tapábamos con plástico y que quizá en todas las casas habían goteras. Pues no. En su sueño de darme lo mejor, mis padres hicieron el esfuerzo por salir de la mediagua que algún político fue a regalar a cambio de unos cuantos votos.



@Alquimia y versos

Ambos hilaron un sueño para mí, una meta, que día tras día observaba mientras acompañaba a mi mamá a trabajar. Ella hacía el aseo para unos socialités de la ciudad. Así, yo crecí con los nietos de estas personas: ellos de colegio particular con el futuro asegurado, yo de colegio municipal. A punta de becas fue como me convertí en la primera en trazar estudios universitarios, en visibilizar necesidades y ayudar a los que estuvieron en mis zapatos una vez.



5

@Alquimia y versos



Un día fui de paseo al museo de la memoria y los derechos humanos. Debo describir una inmensidad de sensaciones y tristeza en el lugar, pero una carta llamó profundamente mi atención: era una carta de una madre a su hijo, señalando que ya estarían juntos, que volvería. Que le recordara. Daba instrucciones a la abuela, su madre, quien cuidaba del niño, para que le dijera que andaba trabajando, que ya volvería. Pero jamás lo hizo. Unos cuantos años después se encontró su cuerpo, ausente de abrazos, a la espera de al menos en el más allá reencontrarse con aquel hijo.



6

@Alquimia y versos

Lloré temporales. Pensaba en mi abuela, en mi madre, en mi propia maternidad. Me cuestionaba y reconocía lo bueno de no olvidar, pues la memoria es necesaria. Es el recuerdo de cada uno de estos relatos que se entrelazan y se hilan en un continuo, donde el tiempo no es lineal y se intercala, que nos muestra lo humanos y frágiles que somos, nuestras diferencias y similitudes, y cómo a veces una idea, una frontera o las monedas que llevo en el bolsillo tienen mayor peso que el valor de la vida, olvidando el sentido de la sensibilidad que nos vuelve humanos. Que nos hace olvidar que alguna vez fuimos niños.



7

@Alquimia y versos

La niñez es el lugar más maravilloso.

Jugamos para aprender. Pero así como termina el verano, llega el otoño y vamos reuniendo las hojas donde escribimos historias y donde otros han guardado sus memorias marcadas por sinónimos de derechos sociales que le fueron otorgados a mi abuela, a mi madre, a mí y que se le negaron a esa madre de la carta para volver a ver a su hijo.

Pues hoy, podemos darle voz por medio de este relato, para que nunca más una mujer tenga que parir con una bandera blanca, para que ningún niño defienda a su padre del ataque de un fusil y para jamás olvidar en la memoria colectiva, a todas las madres que se ausentaron sin dar un abrazo a sus hijos.



@Alquimia y versos

#Cuentogramporlamemoria

@Alquimia y versos



**GUARDA
DA LIKE
COMENTA Y COMPARTE**

Gracias por tu Apoyo

Nota: Este relato contiene fotografías del
archivo personal de la autora.

PREMIO DEL PÚBLICO

"¿Cómo no creerles?"

Enviado a través de la cuenta: [@carolinandreamt](https://twitter.com/carolinandreamt)

Pensaba diferente, solo eso.

Pero en tu fascismo pensaste que podías despojarme de mi sueño

Y despertarme en medio de la noche.

Me viste y me creíste tuya.

Te creíste con la potestad de encerrarme lejos de mis seres queridos.

Me tocaste una y otra vez, rasgando mi piel con tus pezuñas.

Te creíste dueño y señor de un cuerpo que estaba mudo de espanto.

Paralizado ante el horror mismo de la raza humana.

Hoy lloro por las cicatrices que dejaste en mi cuerpo y mi alma,

Mientras sé que caminas libre por algún lugar de esta Tierra.



Imagen: Collage análogo con técnica mixta de imágenes y aplicación de flores. De mi autoría.

El relato habla de todas las compañeras que fueron vejadas durante la dictadura cívico militar vivida en Chile entre los años 1973 al 1990.

Por ellas, por las que siguen con nosotras, por las que ya son parte del universo y por todas las que siguen sufriendo abuso sexual solo por ser mujeres va con mucho cariño este relato escrito por mi.

Contexto Concurso "Memoria y Derechos Humanos" de la [@bibliotecadesantiago](https://twitter.com/bibliotecadesantiago) [@liberalia_ediciones](https://twitter.com/liberalia_ediciones) [#cuentogramporlamemoria](https://twitter.com/cuentogramporlamemoria)

MENCIÓN HONROSA

“Con ella tenía todo”

Enviado a través de la cuenta: [@francine_art_](#)

Todos los días hacíamos lo mismo. Yo pasaba a comprar el pan y ella llegaba con algo para el pan. La única decisión que teníamos que tomar la tomaba ella. Tenía 22 años y estudiaba para profesora de música. No le gustaba estudiar. Tampoco le gustaba enseñar. Y tampoco le gustaba tanto la música. Le gustaba Violeta Parra. Quería ser como ella. Andaba con su guitarra para allá y para acá. Y trataba de parecerse. Usaba el pelo suelto y hasta cuando ya no podía más del calor se ponía un poncho. Participaba de conciertos clandestinos. Así la conocí tres años antes.

Un amigo me invitó a una peña donde se presentaría “un cabro que canta igualito a Silvio”. Ahí supe quién era Silvio. No fue eso lo que me llamó la atención, sino la advertencia de que “no tenía que contarle a nadie, porque los milicos pueden llevarnos”. Quise sentir esa adrenalina. Incluso quería un poco que llegaran los milicos y ver qué pasaba. Antes del “Silvio” se presentó la Camila. Yo la encontré muy bonita cuando cantó “La jardinera”, sentí que me gustaba cuando tocó “Run run”, me enamoré de ella cuando lloró con “Qué he sacado con quererte”, y quise pasar toda mi vida con ella cuando interpretó “El gavilán”.

Con ella aprendí casi todo lo que sé de música, y casi todo lo que sé de la vida. Era hermosa como un amanecer, cantaba tan lindo como un coro de pajaritos, era sensible como una burbuja, y cada cosa que decía te hacía analizar la vida como si estuvieras sentado frente al mar. Era el ser humano más perfecto que haya conocido. Con ella tenía todo. Ella me convirtió en un hombre de verdad.

Desde que supimos que seríamos padres su ánimo decayó. “No sé qué es lo que corresponde” me decía, “si quedarme en casa y cuidar mi embarazo o cumplir con mi deber moral de echar abajo esta dictadura”. “¿Y si cuando crezca mi hijo o hija, se avergüenza de mí por no haber luchado?” Yo nunca sabía qué decirle. Esa mañana se levantó antes que yo. Me contó que iba a la universidad y luego pasaría a una reunión en la que organizarían un concierto por los detenidos de Lonquén.

“Parece que va a participar Patricio Manns” me dijo contenta. Me dio un beso y se fue. No recordaría particularmente ese beso si no hubiese sido el último. Fue un beso común. Nadie me advirtió que no volvería a verla. Nadie me motivó a abrazarla más fuerte. Llegué con el pan esperando que trajera huevitos. Pero no llegó. No llegó ese día ni nunca más. Es mi única experiencia en la que calza bien la palabra “nunca”. Porque nunca más la vi. Nunca más la besé. Nunca más la toqué. Nunca más la escuché. Desapareció. La hicieron

desaparecer. La desaparecieron. Alguien la tomó y se la quitó al mundo. Y me la quitó a mí. Me quitaron al amor de mi vida y a mi futuro hijo o hija. Me arrebataron a mi familia. Me dejaron solo.

Años después, agrupando testimonios, supe que lo más probable era que haya sido secuestrada y llevada a Villa Grimaldi, y se sabe que desde ahí varios y varias fueron lanzados al mar. No hay mucho más que decir. Me hablaron de lucha, de justicia, de democracia. Nada de eso la traería de vuelta. Me invitan a charlas, a dar mi testimonio, me dicen que es “un honor” que yo esté ahí. Pero lo que más quisiera es no tener ese honor. Quisiera que los militares sean inocentes. Que no se hayan atrevido a torturar, a matar o a desaparecer. Que no hubiera agrupaciones que buscan desaparecidos sino familias reunidas al almuerzo el domingo. Quisiera que la Cami hubiese llegado esa tarde a mi casa. Con huevos, queso, mermelada, lo que fuera. Que me hubiese hablado de su día. Si iba o no Patricio Manns al concierto. Que me hubiese cantado la última canción que sacó de Violeta Parra. Que hubiésemos hecho el amor antes de dormirnos. Y haber seguido viviendo el día a día hasta el nacimiento de nuestro hijo o hija.

Cada tarde paso luego del trabajo a la panadería. Y cuando elijo qué llevar para el pan, recuerdo que la vida es una mugre. Que la maldad puede llegar a ser horrible. Que la tristeza puede ser absoluta. Que pueden destruirte en tantos pedacitos que sea imposible recomponerse. Que nunca puede ser literalmente nunca. Pero aun así, intento confiar que, en algún sueño de esta noche, o en algún paraíso después de la muerte, una desaparecida aparecerá, que tomará cuerpo y espíritu, y volveremos a encontrarnos. Que nos abrazaremos profundamente, con amor. Sin odio. Sin tristeza. Que le daremos juntos gracias a la vida que nos ha dado tanto. Y que toda la historia que debimos escribir en esta tierra, podremos escribirla en alguna otra parte.



*Pero aun así, intento
confiar que, en algún sueño de esta noche,
o en algún paraíso después de la muerte,
una desaparecida aparecerá, que tomará
cuerpo y espíritu, y volveremos a
encontrarnos.*

@CARLOS FELPESCHTOR
@FRANCHE ART



biblioteca
de santiago